miedo egoísta, el temor a una autoridad exterior, un hábito puramente mecánico o la esperanza de una recompensa.

Es fácil ver ahora que tanto las teorías que hacen del placer un motivo, como las que recurren al esfuerzo artificial, llegan, prácticamente a un mismo resultado. La teoría del esfuerzo implica siempre un llamado al placer o al dolor como móvil de acción. Y la teoría del placer, por su ausencia del fin intrínseco, que se apodere de las energías psíquicas y las dirija debe recurrir continuamente a elementos exteriores para excitar esas energías desfallecientes. Es un lugar común de la moral, que nadie gasta más esfuerzos inútiles que aquél que busca únicamente su propio placer.

El resultado de nuestro análisis psicológico es, pues, idéntico al que nosotros hemos obtenido examinando las experiencias del educador. Nosotros hemos visto que los esfuerzos de éste para hacer las cosas interesantes, y agregar algún placer a los hechos fastidiosos por sí mismos, producen alternativas de sobreexcitación y de apatía. Es un hecho de experiencia. La psicología del esfuerzo nos enseña que el placer tomado como fin, trae necesariamente por una parte, un gran gasto de energía inútil, y por otra, una dispersión desordenada de esas energías.

La observación enseña a los educadores que si se hace llamado a la "voluntad", cuando el niño no tiene ningún interés por el tema que se le presenta, se habita a los alumnos a disociar su atención y a hacer maquinamente su deber de una manera puramente externa, mientras que su imaginación vagabunde sin control. Los psicólogos nos enseñan que el interés del yo por un objeto o por un fin indica que el yo ha descubierto su ruta y sus necesidades propias. En ese caso, los esfuerzos del yo se justifican; sabe por qué debe desplegar su energía: es por alcanzar un fin al cual aspira, y que le permitirá expresarse.

A los ojos del educador el esfuerzo y el interés normales aparecen como dos procesos idénticos de expresión personal. Nuestro análisis psicológico justifica plenamente este postulado práctico de la educación.

JOHN DEWEY.

El Tercer Congreso Americano del Niño

Acaba de realizarse en Río de Janeiro el “Congreso Americano del Niño”, que por tercera vez da lugar a que se congregue un destacado grupo de médicos, higienistas, sociólogos, juristas y educadores de América, para informar y para debatir sobre temas relativos a la infancia. El gobierno brasileño quiso que tan importante reunión fuera considerada como uno de los números oficiales de los festejos del centenario, y dispuso que la asamblea internacional americana fusionara sus sesiones con la nacional brasileña: “Tercer Congreso Americano del Niño” y “Primer Congreso Nacional de Asistencia y Protección a la Infancia”.

La sesión inaugural tuvo lugar el domingo 27 de agosto en el Teatro Municipal. Después de los discursos, del representante del
Poder Ejecutivo y de los presidentes de ambos congresos, doctores Olinto de Oliveira y Moncorvo F.lho, pronunciaron alocuciones los delegados de la Argentina, de Bolivia, de Chile, de Colombia, de Costa Rica, de Ecuador, de Estados Unidos, de Guatemala, de Méjico, de Paraguay, de Perú, de El Salvador, de Uruguay y de Venezuela. En nombre de los delegados argentinos y en representación de nuestro gobierno, habló el profesor Benito Sória, de Córdoba; y en nombre del Uruguay el profesor Víctor Escardó y Anaya. Hicieron uso de la palabra también el profesor Magalhaes, de Bahía, y el profesor Cacace de Nápoles, terminando el acto con los informes de secretaría. La sesión inaugural como la de clausura y otros actos realizados en el transcurso de los diez días que duró el congreso, fueron verdaderas fiestas de americanismo.

Las tareas se desarrollaron en cinco secciones, que funcionaron todos los días: Medicina y Cirugía, Higiene, Asistencia, Legislación y Sociología, Pedagogía. Es difícil presentar en forma sintética la labor de las secciones correspondientes, en las cuáles fueron leídos numerosos trabajos, y se promovieron muy interesantes discusiones; se trataron temas referentes a trastornos nutritivos y gastrointestinales, a diferentes fases de la higiene escolar, a la corea de Sydhenam, a la enfermedad de Heiné Medín, a la tuberculosis infantil, a la anafilaxia, a la "niioplogía" tan vehementemente defendida por el profesor Cacace, a las diversas etapas de la puericultura, a la helioterapia, a los tumores cerebrales, al asma, a la radioterapia, a las colitis para niños débiles, a la mortalidad infantil, a las visitadoras de higiene, al abandono del niño, a la psicología y sociología de los asilados, a diferentes asuntos de pedagogía, al banco escolar, etc., etc. Pudieron oírse relatos eruditos e interesantes que ponían al día sobre puntos determinados, observaciones raras u originales, e informes de invesigaciones personales. Y pudieron también los congresistas requerir los datos concernientes a las obras de protección a la infancia que se realizan en los diversos países americanos.

Los volúmenes de actas y trabajos, que serán publicados, conservarán la documentación de la labor científica que ocasionara el "Tercer Congreso Americano del Niño" y el "Primer Brasileño de Protección a la Infancia". Se encontrarán allí valiosos trabajos de Figueira, Morquio, Aráoz Alfaro, Gurgel, Moncorvo Filho, Rosende Pliesch, Arcuña, González, Pêixoto, Magalhaes, Gesteira, Sé Viana, Escardó, Cienfuegos, Muniáurrea, Muñoz, Sória, Bazán, Mavers, Cunha, Meirelles, Barboza, Sahoo, Coelho, Estrada, Madrid Páez, Ferreira, Rueda, Louédet, Nascimento Silva, Madeira, Jorge Rivarola, Olguin Fournié, Rezzano, etc., etc.

En la sesión de clausura fueron aprobados numerosos votos propuestos en cada sección; en ellos se expresan las aspiraciones de los congresistas en favor de la infancia. Los gobiernos de América encontrarán en esos votos sugerencias muy eficaces para realizar obras fecundas en pro del bienestar social. Se reiteraron en esa última sesión también palabras de respeto y simpatía en homenaje a las personalidades que, por motivos diversos, hubieron de estar ausentes: Alovio de Castro, Morquio, Aráoz Alfaro y Sisto. Finalmente, se resolvió, por gran mayoría de votos, que el Cuarto Congreso tenga su sede en Santiago de Chile.
El Comité Ejecutivo, presidido con acierto por el honorable y destacado profesor Ollinto de Oliveira y teniendo como secretario el activísimo, inteligente y simpático profesor Gurgel, preparó también un interesante y completo programa de paseos y visitas. Los congresistas pudieron así conocer y admirar las bellezas naturales tantas veces ponderadas de la maravillosa capital carioca, y del mismo modo informarse de lo referente a asistencia y protección del niño en Río de Janeiro, así como de los progresos del gobierno sanitario. En este último sentido corresponde llamar la atención sobre la oficina de “Higiene Infantil”, dependiente del “Departamento de Salud Pública”, que desde hace un año funciona bajo la dirección del eminente pediatra Fernández Figueira, oficina que ya ha empezado con eficacia su misión. Interesó también, la sección de visitadoras de higiene, la obra de profilaxis contra las enfermedades venéreas, y la intensísima campaña de puericultura que dirige Moncorva Filho. Los progresos de la higiene social en Río de Janeiro son bien evidentes.

Nuestra delegación fue muy numerosa y desarrolló importante tarea en todas las secciones. Estuvo constituida por Acuña, Jorge, Rivarola, Muniguirría, Rueda, Bazán, Soria, Smith, Rezzano, Cometto, Crola, Madríd, Páez, Instia Dorrego, Loudet, Tonina, Patrone, Calderón, Picarel, Fernández Alonso y Garrahan.

Ha quedado bien cimentado por cierto el prestigio del Congreso del Niño. El Brasil le ha conferido el realce que dimana de su destacada posición en el continente, y, con criterio bien inspirado, ha querido que en los momentos jubilosos de su Centenario Patrio, palpite en Río de Janeiro la preocupación americana por el niño, sana e inteligente preocupación de las sociedades ansiosas de bienestar y de progreso.

JUAN P. GARRAHAN.

La música en la escuela(*)

No podríamos decir “la enseñanza de la música”, porque mal puede enseñarse un arte tan complejo y difícil en un tiempo tan reducido, a un núcleo tan numeroso de criaturas; ni es posible asignar más tiempo a esas clases, porque se desvirtuaría el objeto de la Escuela Primaria.

Consideremos, pues, a la música, simplemente como un auxiliar

* “Rancul, octubre 18 de 1922.—Señor Director de El Monitor de la Educación Común —Buenos Aires. —En el archivo de la que fué mi esposa y Directora de la Escuela 31, fallecida el año pasado, hallé numerosos anotados y sugerencias que considero, no revelaciones, pero sí útil contribución a la enseñanza.

Buena maestra, espíritu delicado y observador, dedicó a la educación los mejores años de su vida, con el cariño y el concepto que debe tenerse de magisterio. Por modestia mal entendida, nunca gustó de hacer alarde de sus ideas, fuera de su puesto; de modo que sus apuntes, trasladados al papel con el apremio del espíritu impaciente, no fueron retocados ni salieron hasta ahora de su archivo. He pensado arreglarlos, sin tocar sus conceptos, en los momentos en que mis ocupaciones me lo permitan, y, creyendo hacer un pequeño homenaje a la memoria de la que fué, darlos a la publicidad, si interesan. —M. C. Martínez Blanco.